

COSMOS

EDUARDO GISMERA TIerno

Madrid, verano de 2010

Un rato antes, el viento despertó tras semanas de letargo y, a ráfagas, acercaba un denso aroma a tierra húmeda que convirtió en aún más irrespirable la tarde. Los veranos transcurren lentamente para las personas de mi edad. Nunca creí que fuera a hacerme mayor hasta constatar rendida, transcurridos casi setenta años, formar parte del último tramo del camino. Mi hálito quejumbroso, consecuencia del calor sofocante, no ayudaba a desmentirlo. La ventisca intermitente se mostraba incapaz de barrer el tiempo pasado. Entonces, el silencio que me cobija de antaño se vio sorprendido por el sonido seco, opaco y grave de una gota grande de agua y polvo que topó en el cristal de la puerta alta que daba paso a un diminuto balcón. Tenía baranda negra de hierro labrado y era la atalaya desde la que contemplaba el mundo que me rodeaba. Desde allí, mi ajado cuerpo no llamaba la atención. Como cada tarde, se veía la esquina del Ministerio de Asuntos Exteriores, quieta junto a una porción de firmamento, siempre el mismo. Minutos antes observé la llegada de una nube gris, manto portador de la inesperada sombra mortecina capaz de aliviar la vista y el alma. Cubrió el cielo de acero y mitigó la luz inmisericorde del sol cegador por costumbre a esas horas. Era un día veintiséis.

Sombra y sol me cobijaban, como me envolvía de nuevo el recuerdo del aroma del *sol y sombra* en el que pensaba instantes antes de levantarme a prepararlo. En eso no fue diferente esta tarde de otras, como no lo era la sala que acogía mi vida desde que vestía joven, lustrosa, algo más de mediado el siglo que partió hace tanto. El angosto, largo y oscuro pasillo desembocaba a la izquierda de mi lugar en el mundo. Usaba un sofá de felpa azul y estructura de pino oculta por

unos quejicosos muelles como bastidor. Antes, el sentón era alto y duro, y luego bastante más mullido. Los antebrazos destacaban suavizados por sendos cojines y un respaldo abotonado conformaba el reposo de mi incesante conversación interior. También a la izquierda, en diagonal, la sala abría una oquedad en la que aguardaban una mesa y seis sillas de madera de castaño que me regaló ya no sé quién con motivo de mi boda. Más al fondo, presidía el comedor un aparador español de roble de fines del siglo XIX –creo que de cierto valor– con el que mis hijos no arramplaron debido a su tamaño, solo apto para los elevados techos de las casas antiguas. Se trababa de una pieza decorada por doquier con tallas y relieves y un remate con seres mitológicos –nunca supe cuáles– que protegían una corona y encumbraban una balda cubierta con una puerta acristalada en plomo. Bajo esta reposaban dos silentes cajones y un armario flanqueados por dos columnas salomónicas. Sobre trincherero y mesa sobrevolaba en lo alto una lámpara de bronce con seis brazos sin tulipas, bombillas en forma de vela, la mitad fundidas, y varios collares colgantes de cristal con abalorios convertidos en lágrimas. Representaba la añoranza de los tiempos en que iluminaba festejos con mayor o menor boato según el calibre de las posaderas que ocuparan el terciopelo de las sillas y que nunca me hicieron feliz.

Tras décadas de misterioso sigilo, de momentos y momentos transcurridos, aquella tarde sentí, de pronto, el deseo de compartir los errores cometidos desde bien bisoña y que oprimían mi pecho y clamaban por brotar a borbotones. La tenue claridad que llegaba de la Plaza del Marqués de Salamanca era amortiguada por unas cortinas de color turquesa estampadas con hojas doradas que se miraban unas a otras, símbolo del otoño en que vivía, ya viuda antigua. Quizá se diera el caso de que, en verdad, siempre lo hubiera sido aún cuando otrora se me considerara casada. A ambos lados

reposaban dos mesitas pequeñas; la de la derecha sostenía un aparato de televisión siempre apagado y lleno de polvo.

A la izquierda habitaba junto a mí aún un carrito-camarera con dos alturas y cuatro ruedas. Las dos más grandes disponían de varios radios y las otras, harto menores, podrían haber servido de guía si es que alguna vez se me hubiese ocurrido moverlas. Desde tiempo inmemorial, permanecía rodeada de botellas que contenían todo tipo de licores, seguramente echados a perder, a excepción de dos frascos, uno con anís y otro, más oscuro, con coñac y tapón de corcho. Se me entregaban cada tarde y me acompañaban, y nos mantenían vivas a ambas. Más a la derecha, yacía una persiana cerrada a cal y canto que jamás abrí por miedo al vértigo que siempre me produjo sin motivo aparente la calle José Ortega y Gasset. Apoyé el antebrazo derecho en uno de los cojines a modo de palanca con ánimo de incorporarme, esquivé la mesa de centro de metacrilato que deslucía el entorno sin lograr provocarme la más mínima preocupación, e inicié pausada el trayecto al otro lado de la estancia. Tropezaba a menudo con el cable de un ordenador portátil, tronera al mundo que un día creí capaz de ingerir sin percatarme de ser yo y mi orgullo los engullidos.

Desde hacía unos meses agarraba con la mano izquierda un bastón de haya con cabeza en forma de pato y contra de desgastada goma negra. Me lo regaló uno de mis hijos cuando aún tenía tiempo de entregar briznas de cariño a su madre. Lo buscaba en los raros paseos por el barrio y en los momentos dedicados al *sol y sombra* de cada tarde. El doctor que me intervino meses atrás de varios achaques en la espalda y que logró desentumecer mi lastrado cuerpo, de modo siquiera provisional se empeñaba en asegurar que no me era en absoluto necesario. Asentí sin contarle que su misión principal era asegurar mi tránsito al licor que saciaba más el alma que el cuerpo. No me lo habría permitido y, puesta a

tener que desobedecer de forma voluntaria, preferí guardar silencio. Aquella tarde escancié como de costumbre, primero el coñac. Usaba una copa sin pie, pequeña y rechoncha, de vidrio levemente verdoso. Se adornaba con un botón redondo del mismo cristal. Poseía varias desde los lejanos años sesenta. Fueron más, pero alguna entregó su ser en alguna parte del camino. Tenía por costumbre usar la misma por varios días hasta que, demasiado pegajosa, la sustituía por una de sus hermanas. El anís cayó al encuentro, despacioso, en lenta marea que aclaraba el ocre de a poco y lo convidaba a bailar juntos una espirituosa danza hasta hacerse uno. Contemplé su mecer calmo y percibí el aroma que se elevaba al cielo de lo sublime. El alcohol constituyó desde antaño para muchos la manifestación más perfecta de cobardía, pero yo ya había perdido por entonces ese tipo de prejuicios. Los consideraba más propios de quienes se aferraban a la vida que de aquellos otros que anhelábamos pertenecer al otro barrio. Vivir no era para mí sino una prolongación del sufrimiento que me fue dado por destino. Observé la copa y la profané alzando con mano temblorosa su esencia hasta rozar el labio inferior, mientras fijaba la vista en algún punto y sentía caer lento el calor muy dentro de mí. Noté cómo aliviaba la herida que un día me hice y por la que aún penaba.

Apoyé la sien izquierda en el blanco, tibio y áspero marco de la ventana. Miré abajo, a través del cristal empañado por el cálido aliento que manaba de una boca, la mía, con olor a licor y sabor a melancolía. La plaza se extendía ante mí más vacía que de costumbre. Era surcada tan solo por algún que otro vehículo que despejaba el vendaval a duras penas y se dirigía en prudente retirada, dejando dos efímeras rodadas como recuerdo. También deambulaba algún que otro valiente con paraguas, o sin él, vencido en cualquier caso por el agua airada y tenaz. El asfalto se ocultaba parcialmente bajo el velo que formaron millones de pequeñas salpicaduras

ligeramente elevadas. Caían unas tras otras y todas a la vez hasta alcanzar la altura de los bordillos barnizados por una capa líquida y sonora, resultado de miríadas de pequeños impactos contra el suelo.

—Nos han dejado solos —musité despaciosamente a la estatua de don José de Salamanca. Quedaba oculta a mi vista por la fronda de un grupo de pinos, todos en el centro de la plaza que lleva el nombre de mi querido marqués. Él fue el creador del barrio con más solera de Madrid. Falleció en Carabanchel por una de esas ironías con las que la vida nos agasaja de vez en cuando.

Permanecí en estado de hipnosis durante largo rato, abstraída y sin ninguna idea aparente en mi cerebro. Nunca respondía el marqués, como nunca me respondió la vida en la que, tal vez, aún habitaba el único ser al que siempre quise. Un hombre a quien amaría toda la vida y al que anhelaba cada día desde hacía cincuenta y dos años y pico. Miré a través del cristal y respiré lento. Desapareció paulatinamente la imagen de la calle y las gotas que temblaban borrosas sobre mi retina. De la mano de los efluvios de la copa, en cada sorbo inconscientemente fui transportada a otra lejana tarde de lluvia.

Sucedió otro día veintiséis, aquel de marzo, en el que mi destino pudo haber sido de otra forma y que convirtió cada día veintiséis de cada mes en recuerdo eterno de lo sucedido. Desde entonces creo que una vida entera puede aglutinarse en el recuerdo de la pérdida de aliento que, de cuando en cuando, nos ayuda a continuar respirando y que en mi caso me opacaba los pulmones y el alma.

* * *

Era muy temprano, aún de noche, y corría por tierras andaluzas la primavera del año 1964. Mi padre fue guardia civil, a la sazón el de mayor mando del cuartel que habitábamos junto a otras dos familias en La Herradura, un lugar en los confines de Granada. Nací en Roquetas de Mar y luego marchamos a una pequeña aldea cordobesa llamada Luque. A cada ascenso en el escalafón le sucedía una nueva mudanza. Cuando yo contaba ocho años, llegó a casa el nombramiento a jefe de línea y el consiguiente traslado a La Herradura, mi verdadero hogar. Pasé los primeros años de uso de razón en una preciosa bahía, en el cauce medio de su rambla, entre el mar y la montaña salvaje de Cerro Gordo, entre Marina del Este y Los Berengueles, entre la misteriosa playa de El Muerto y la de Cantarriján. Nuestro hogar era un antiguo castillo, un fortín artillado a pie de playa con batería para cuatro cañones en el margen izquierdo del último estertor del río Jate. ¡Cuánto soñé entre su mampostería de piedra y mortero de cal!

Tenía mi casa una batería redondeada que daba al mar y una barbacana en la puerta con foso y puente levadizo. Presidía el patio rectangular un pozo con su brocal y sus piletas. Las ventanas habían sido enlucidas en un tono amarillento, igual que los muros y las aspilleras. Los techos se construyeron abovedados de medio cañón. Sobre ellos la terraza estaba protegida por saeteras para fusilería y por un antepecho desde el que solía mostrarme al mar. Contemplaba, perpleja, su infinitud. A su alrededor las azaleas de flores blancas y rosas daban paso a una amalgama de sabinas, enebros, aulagas, esparragueras, mirtos, escobones, cantuesos, olivillas y palmitos, una danza de aromas y colores entre los que había, recuerdo bien, un lentisco que desprendía un fuerte olor a resina. Solía cobijarme bajo sus ramas para leer a escondidas historias de despiadados piratas y de franceses invasores.

Crecí rápido hasta llegar al día que ahora comparto con el mundo. Contaba entonces con dieciséis años; era apenas una niña dispuesta a convertirse en mujer a bocajarro. Mi hermana, algo mayor, eligió la medida y, a decir de todos, le fue bien. Ella era el equilibrio y yo la imprudencia; ella la buena estudiante y yo la lectora empedernida y sin fundamento; ella la sensatez y yo el ímpetu. Dos formas distintas e inútiles por igual de tratar de prender el misterio del mundo. La conformista entregaba cierta paz y dejaba jirones de vida en el tintero; la rebelde se ofrecía generosa a cambio de hastío, nostalgia y desazón.

A eso de las cuatro de la madrugada la recia mano de mi padre bamboleó la joven cadera que, en duermevela toda la noche, no tardó en despertar. Ambos llevábamos semanas esperando aquel día. Intuir el frío y la humedad del alba próxima no logró doblegar mi deseo de conocer el mundo del *señorío*, de sentirme una mujer importante por vez primera. Compartía cuarto con mi hermana, así que maniobré con sigilo. Logré a tientas hacerme con el traje confeccionado por mi madre para la ocasión y colgarlo del brazo izquierdo hasta el diminuto cuarto de baño de techo alto, puerta blanca y azulejos levemente azulados. Giré el ruidoso interruptor que cada día alumbraba una bombilla sobre un espejo redondo y chico. Muy nerviosa, haciendo equilibrio me embuté en unas medias oscuras, casi negras. Recogí de encima de un pequeño taburete de madera la falda marrón de lana plisada y grandes líneas de cuadros verdes, a juego con una chaqueta abierta. Luego tomé un jersey de punto verde caqui y una camisa de un beige apenas perceptible provista de un cuello con interminables picos. A su lado, un sombrero tirolés de fieltro tipo cloché, de un lóbrego tono aceituna, se adornaba de un cordón negro en derredor y una pequeña pluma enhiesta en la parte trasera. Casi había logrado introducir, por fin, la segunda de las altísimas botas de cuero negro hasta

la rodilla cuando se presentó mi madre dispuesta a confeccionar con mi pelo una trenza negra y larga, tan negra como mis ojos grandes y negros ávidos por deglutir todo a su paso.

Recuerdo también que las dos reímos a hurtadillas al observar la pinta que lucía el hombre al que era complicado reconocer como mi progenitor. Fue muy extraño verlo por primera vez sin el uniforme de la Benemérita del que solo quedaba la corbata perfectamente anudada. La escopeta habitual se había convertido en un flamante rifle, a la vista durante el escaso tiempo que le llevó desayunarse un café bebido, de costumbre su único tentempié hasta la hora del almuerzo a media mañana. El tricornio había mutado en una gorra de cuadros marrones; la casaca, en una chaqueta de pana que le quedaba enorme; los pantalones eran unos ridículos bombachos; por calcetines, llevaba unas medias de lana clarita. Todo aquel atuendo había pertenecido al difunto marido de la adinerada y desagradable lugareña que se ofreció a prestarlo y que, luego de tomada la palabra, dudó a regañadientes. El ridículo cuadro quedó completo por el ademán inquieto con el que movió a un lado la cabeza para señalarme que la marcha era inmediata. Ante nosotros se extendían más de doscientos kilómetros hasta Hornachuelos que recorreríamos en el flamante Citroën «dos caballos», estrenado unos meses atrás y admiración de la comarca. Aún recuerdo que en su matrícula se leía PGC23696. Los faros saltones del vehículo que inició el camino a trompicones ansiaban, como los míos, conocer nuevas tierras. La humedad horadaba los huesos del más pintado. El aroma a salitre invadía el habitáculo que partió con las ventanillas abiertas en su mitad inferior y sujetas arriba con una pinza en un intento de desempañar los cristales. Deseé temerosa que la endeble palanca de cambios situada a la derecha del enorme volante gris no se saliese en una de las entradas y salidas y nos dejase sin el soñado día de montería de alto postín. Evoqué

vagamente mi mar y quise despedirme de él antes de partir. Solía visitarlo sola después de la escuela. Me sentaba entre los guijarros de la playa que nos acogió hasta hacernos amigos secretos. El mar de Granada fue mi confidente también en el silencio crepuscular de aquella mañana.

No departimos mucho durante el trayecto. De ser sinceros, no lo hacíamos con frecuencia. Él me explicaba de tanto en tanto quiénes serían algunos de los monteros de los que le habían hablado y a quienes tampoco él conocía. Me dijo cómo debía saludar una señorita de bien, pero resultó evidente que lo decía por decir y que sabía casi lo mismo que servidora. A nuestra izquierda, en las postrimerías de Écija, el alba asomó lentamente en el horizonte y la noche dejó paso al embaucador verde del campo en el valle del río Genil, jaspeado por ese otro más apagado de los olivos. Al poco, el cielo negro tornó a gris y devino en un azul tímido, entreverado de algunos nimbos. Al fondo, más allá, por debajo, a hurtadillas vimos la luz clara del sol naciente. Nos desviamos al rato de la carretera y tomamos una menor, y luego otra. Abandonamos así el firme y lo cambiamos por tierra pálida. Renqueamos al son de la incontable multitud de baches que convirtieron a «la cabra» en barca a la deriva de un imaginario oleaje.

Resultó que mi padre llevaba varios años intentando meter baza en Madrid. Buscaba ser destinado a la Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil, lo que suponía la incorporación a la Tercera Sección de Estado Mayor de la Dirección General del cuerpo. Parecía que, por fin, los hados confabulaban a su favor y no podía dejar pasar la ocasión. Había llegado a sus oídos que el gobernador civil de la zona quería comprar unos terrenos en Granada. Un amigo, por entonces mayoral de la finca cordobesa a la que nos dirigíamos, le hizo saber que el citado señor acudiría y que la expectación era grande entre la flor y nata de Andalucía. Aquel político se ba-

rruntaba como inminente hombre importante en el Ministerio. Las cartas parecían echadas y la mano lista para jugarse, así que movió Roma con Santiago para ser invitado a la montería a la que nos encaminábamos a trompicones.

Atravesamos al fin un portón hecho con dos pilares de piedra de mediana altura unidos en lo alto por un arco labrado del que colgaba un letrero chirriante de latón que anunciaba el nombre de la finca que nunca he conseguido recordar. Sí sé que estaba situada en la pequeña franja de la Sierra de Hornachuelos próxima a Córdoba capital. Al otro lado aguardaba un señor de pelo blanco y sombrero de ala ancha y copa baja, característico del lugar. Se apartó al vernos y lo alzó al viento con afán. Iba forrado de pana y abrochado con el cuero de la cincha del morral que caía hacia atrás y recorría el torso en diagonal.

—¡Coño, Braulio!, cada día estás más joven —le dijo mi padre mientras bajaba del coche y se le acercaba. Al parecer, habían hecho amistad en Luque, su primer destino como guardia civil.

—Tú sí que, Manolito, amigo. *iMare mía! Paices rico y tó; te hah dihfrasao como toh ezo zeñorito; hay que hoerce* —le espetó en el tono más *cerrao* que jamás había escuchado—. *Zube, deha er* coche donde *veah otroh* y aguarda que yo llegue y te *zitúe*. *Bienveníó*. ¡Hola guapa! —concluyó.

El camino estrecho, herido de hendiduras y regueros provocados por la lluvia, apenas disimulados con arena para la ocasión, serpenteaba en ligero ascenso. Esquivaba las encinas situadas a su capricho y también algún que otro quejigo en las zonas más húmedas. Giré hacia arriba y hacia afuera la ventanilla y fui invadida por la fragancia a resina fresca que emanaban los espesos racimos de pequeñas flores rojas de los lentiscos; me acordé del mío, abandonado junto a la playa. Los arrayanes presumían de sus blancas florecillas plumosas como diminutos pavos reales y regalaban su

aroma suave de incienso dulce y embriagador a los toscos algarrobos. Al fondo pude ver fugazmente el paso de un meloncillo, su pardo aspecto, y su larga cola negra, cremosa en el extremo.

Un último recodo nos depositó en una explanada presidida al fondo por una casa muy blanca, grande y de una sola planta. Aparcamos a la derecha, a una orilla, junto a varios coches de modelos desconocidos para mí. Descendimos sin saber si coger los aperos o si dejarlos aún en el asiento trasero. No hicimos nada. Deambulamos por el claro levemente inclinado y nos aproximamos con cautela a un corro de señores que charlaban y fumaban entre risas, ataviados de la mejor guisa. Unos de militar con grandes cinturones de hebilla dorada y botonadura bruñida; otros trajeados con pañuelo blanco en la solapa y corbata oscura; algunos con prismáticos al cuello en funda de piel. A su lado, tres señoras curiosas, vestidas de forma parecida a la mía, transmitieron sin saberlo cierto consuelo a mis temblorosos andares. Más arriba, alejadas del grupo, algunas señoras con mandiles y pañuelo en la cabeza removían un perol sobre la lumbre y sacaban a la vista la *manteca colorá* que le susurró a mi estómago que llevaba horas vacío. A su lado, el bullicio de algunos niños alejaba a los animales domésticos de las migas ya listas y cubiertas con un paño.

Casi habíamos dado con la cuadrilla de señoritos, cuando la voz de uno de ellos anunció la llegada del señor gobernador camino abajo. Se atusaron los atuendos y se aprestaron a tomar posición para el saludo. A nosotros nos sorprendió exactamente en el centro de donde se suponía que no debíamos estar. Ligeramente adelantado, paró a escasos tres metros de nosotros un coche grande y negro, un Seat 1500 tan brillante que parecía nuevo. En la luna de atrás se leía en blanco «Servicio Oficial». Un chófer se apeó a toda prisa y abrió una de las puertas traseras de la que salió un